

Pentecostés

El Espíritu que habita en nosotros y nos transforma

Cote Quijano, 24 de mayo de 2026.-



1. Jesús resucitado viene a una comunidad encerrada

El Evangelio nos presenta a los discípulos reunidos al atardecer del primer día de la semana. Estaban con las puertas cerradas, dominados por el miedo. Habían visto morir a Jesús, habían experimentado la fragilidad, la confusión y la tristeza. Pero en medio de esa comunidad temerosa aparece el Señor resucitado.

Jesús no llega para reprocharles su miedo ni para recordarles su debilidad. Llega para ponerse en medio de ellos y regalarles la paz:

“La paz esté con ustedes.”

Esa paz no es simplemente tranquilidad exterior. Es la paz profunda que nace de saber que Cristo está vivo, que el pecado ha sido vencido, que la muerte no tiene la última palabra y que Dios no abandona a los suyos.

Los discípulos, al ver al Señor, se llenan de alegría. Donde había miedo, comienza a nacer la alegría. Donde había puertas cerradas, comienza a abrirse una misión.

Esta es una de las grandes imágenes de Pentecostés: una comunidad encerrada por miedo que, al recibir el Espíritu Santo, comienza a ser transformada desde dentro.

2. Pentecostés: el nacimiento misionero de la Iglesia

Pentecostés es una fiesta fundamental para la vida cristiana. Podemos decir que es el nacimiento misionero de la Iglesia. El Padre crea, el Hijo redime, y el Espíritu Santo santifica, anima y conduce la vida de la Iglesia.

El Padre nos da la vida.

El Hijo nos salva por su muerte y resurrección.

El Espíritu Santo viene a habitar en nosotros para continuar la obra de Dios en la historia.

Por eso Pentecostés no es una fiesta secundaria. Es la fiesta del Espíritu que sostiene a la Iglesia, la impulsa, la consuela, la purifica y la envía.

Jesús dice a sus discípulos:

“Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes.”

Y después sopla sobre ellos y les dice:

“Reciban el Espíritu Santo.”

Este gesto del soplo recuerda la creación. Así como Dios sopló sobre el hombre para darle vida, Jesús resucitado sopla sobre sus discípulos para comunicarles una vida nueva. Es una nueva creación. Es el comienzo de una humanidad renovada por el Espíritu.

3. El Espíritu Santo: la vida de Dios dentro de nosotros

A veces nos resulta más fácil pensar en Dios Padre o en Jesús. Podemos imaginar al Padre creador, podemos contemplar a Jesús en el Evangelio, podemos recordar sus palabras, sus gestos, su cruz y su resurrección.

Pero con el Espíritu Santo nos cuesta más. No siempre sabemos cómo imaginarlo o cómo hablar de Él.

Sin embargo, el Espíritu Santo es Dios. Es la tercera Persona de la Santísima Trinidad. No es una fuerza impersonal, no es una energía cualquiera, no es solamente un símbolo. Es Dios mismo habitando en nosotros.

El Espíritu Santo es quien llega a lo más profundo del alma. Un médico puede tocar el cuerpo, puede operar, puede curar una herida visible. Pero solo Dios puede tocar el alma. Solo Dios puede entrar en lo más íntimo de una persona. Solo Dios puede iluminar la conciencia, sanar por dentro, fortalecer el corazón y renovar la vida.

Lo más profundo del ser humano no es solamente su cuerpo. El cuerpo es valioso, es creado por Dios, debe ser cuidado y respetado. Pero lo más hondo de la persona es su espíritu, su alma, su interioridad. Y allí quiere habitar el Espíritu Santo.

Por eso podemos decir:

Dios no está solamente fuera de nosotros.

Dios quiere vivir dentro de nosotros.

El Espíritu Santo es el dulce huésped del alma.

4. El Espíritu es como el viento: no se ve, pero se reconocen sus frutos

Jesús compara el Espíritu con el viento. El viento no se ve, pero se perciben sus efectos. No vemos el viento directamente, pero vemos cómo mueve las hojas, cómo agita los árboles, cómo refresca el ambiente o cómo empuja una vela.

Con el Espíritu Santo sucede algo semejante.

No lo vemos con los ojos, pero podemos reconocer su presencia por sus frutos. El Espíritu Santo actúa en lo profundo del corazón, pero su presencia se manifiesta en la manera concreta de vivir.

Cuando hay espíritu de comunión, allí actúa el Espíritu Santo.

Cuando hay espíritu de paz, allí actúa el Espíritu Santo.

Cuando hay amor a los pobres, a los débiles y a los pequeños, allí actúa el Espíritu Santo.

Cuando una persona busca la verdad, el bien, el perdón y la reconciliación, allí está obrando el Espíritu de Dios.

Una persona llena del Espíritu Santo no es necesariamente alguien que habla mucho de religión. Es alguien que vive de otra manera. Es alguien que no se deja encerrar por el miedo, el egoísmo o la comodidad. Es alguien que se deja conducir por Dios.

En cambio, donde hay división, egoísmo, individualismo, violencia, búsqueda desordenada del poder, del dinero o del prestigio, allí no está actuando el Espíritu Santo, sino otros intereses humanos que desordenan el corazón.

Por eso la pregunta de Pentecostés es muy concreta:

¿Qué espíritu me mueve? ¿El Espíritu de Dios o mis propios intereses? ¿El Espíritu de comunión o el espíritu de división? ¿El Espíritu de paz o el espíritu de conflicto?

Jesús nos dejó su Espíritu para que no vivamos encerrados en el miedo, en la comodidad o en nuestros propios intereses. Nos dio su Espíritu para salir, para amar, para anunciar, para servir, para perdonar y para construir comunidad.

5. La conciencia: lugar donde el Espíritu nos habla

Una de las maneras más profundas en que el Espíritu Santo nos ayuda a responder esa pregunta es hablando en nuestra conciencia. Allí, en lo más íntimo de nosotros, Dios nos ilumina, nos corrige y nos orienta hacia el bien.

Muchas veces, en el fondo del corazón, percibimos una voz interior que nos dice:

esto está bien, seguí por aquí; esto no está bien, corregí el camino; esto que hiciste hirió a alguien; esto que estás por hacer no te conduce a Dios.

La conciencia no es simplemente una opinión personal. Es ese espacio interior donde Dios puede hablarnos, iluminarnos y llamarnos a la conversión.

Pero para escuchar la conciencia hace falta silencio interior. Si vivimos siempre dispersos, apurados, distraídos, ocupados solamente en lo exterior, nos cuesta reconocer la voz de Dios.

Pentecostés nos invita a volver al corazón. A entrar en nuestro interior. A descubrir que no estamos vacíos. Allí, en lo profundo, Dios quiere hablar. Allí el Espíritu Santo nos espera.

Por eso, cuando una persona se deja conducir por la conciencia iluminada por Dios, comienza a caminar de otra manera. No vive solamente desde sus impulsos, sus enojos, sus miedos o sus conveniencias. Empieza a preguntarse sinceramente:

¿Esto que hago me acerca a Dios? ¿Esto construye comunión? ¿Esto ayuda a la paz? ¿Esto me hace más hermano de los demás?

6. Los dones del Espíritu Santo

El Espíritu Santo no viene a nosotros con las manos vacías. Viene con sus dones. La tradición de la Iglesia habla de los siete dones del Espíritu Santo:

sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

Son dones que Dios regala para ayudarnos a vivir como hijos suyos. No son adornos espirituales. Son fuerzas interiores que nos permiten caminar mejor, discernir mejor, amar mejor y servir mejor.

El don de sabiduría nos ayuda a mirar la vida con los ojos de Dios.

El don de entendimiento nos permite comprender más profundamente la fe.

El don de consejo nos ayuda a elegir el camino del bien.

El don de fortaleza nos sostiene en las dificultades.

El don de ciencia nos ayuda a reconocer a Dios en la creación y en la historia.

El don de piedad nos hace vivir como hijos confiados del Padre.

El don de temor de Dios nos ayuda a respetar, amar y no alejarnos de Dios.

Por eso debemos pedirlos. No basta con saber que existen. Hay que invocarlos. Hay que decir:

Ven, Espíritu Santo.

Dame sabiduría.

Dame fortaleza.

Dame paz.

**Dame un corazón nuevo.
Enséñame a vivir según Dios.**

Los dones del Espíritu no nos alejan de la vida concreta. Al contrario, nos ayudan a vivir mejor la vida concreta: la familia, la comunidad, el trabajo, el servicio, las decisiones, los vínculos y las dificultades.

El Espíritu Santo nos hace más humanos, más libres, más fraternos y más capaces de amar.

7. Invocación final

Hoy, en Pentecostés, pidamos al Señor que renueve en nosotros el don del Espíritu Santo.

Que entre en nuestras casas cerradas.

Que venza nuestros miedos.

Que sane nuestras heridas.

Que ilumine nuestra conciencia.

Que nos regale sus dones.

Que nos haga hombres y mujeres de paz.

Que nos convierta en constructores de comunión.

Que nos enseñe a amar a los pequeños, a los pobres y a los débiles.

Y que podamos escuchar nuevamente las palabras de Jesús resucitado:

“La paz esté con ustedes.”

“Reciban el Espíritu Santo.”

Amén.